Arturo Illia sale de la Casa Rosada escoltado por la Policía Federal (derecha); el golpe había triunfado. El general Juan Carlos Onganía (arriba) asumiría la Presidencia un día después.

A treinta años del golpe de Onganía, Ema Illia cuenta por primera vez la historia secreta de la caída de su padre. La crónica de un golpe anunciado... y diferido. El proyecto presidencial de "hacerse fuerte en Rosario" y resistir la conspiración con un comando leal cívico-militar. Los consejos de una hija que propuso acribillar al general Julio Alsogaray y a los coroneles Prémoli y Perlinger y "arrojar sus cuerpos por el balcón de la Rosada". Conejos y corderos asesinados por los militares en Olivos. No hay bastón para Onganía. Una bomba que se moja y las hipótesis alucinantes de una resistencia que no fue.

LA ULTIMA NOCHE

Testimonio recogido por Miguel Bonasso

Yo sabía que mi padre iba a caer mucho tiempo antes de aquella noche del 27 al 28 de junio. Y él también. Lo sabía desde antes de asumir. Como decía (Carlos) Alconada Aramburú, era "un golpe diferido". Porque nunca pensaron en darle el poder. El que tenía que ganar en las elecciones de 1963 era (el general Pedro Eugenio) Aramburu. Esto era tan claro para todos, que por eso (Ricardo) Balbín no fue candidato y quedó papá. Hay una anécdota ilustrativa: cuando mi padre estaba en vísperas de viajar a Mendoza para proclamar



su candidatura a la Presidencia (por la Unión Cívica Radical), un grupo de militares –entre los que estaba (el teniente general Alejandro Agustín) Lanusse– cenó con él en el restaurante Pollo al Barro, de Pilar, al que solían ir porque les quedaba cerca de Campo de Mayo. Parece que los militares, capitaneados por Lanusse, hablan y hablan, se ríen, se pasan de copas y a los postres le dicen: "Mire Illia, ni se moleste en ir a Mendoza. Porque usted no va a ganar; va a ganar Aramburu; si usted gana no le vamos a entregar el poder y si le entregamos el poder lo vamos a voltear". La única excepción fue el general Manuel Soria, que se mantuvo sobrio y serio. Con toda intención mi padre le preguntó: "¿Y usted qué opina, general Soria?". "Yo creo que usted debe viajar a Mendoza y proclamar su candidatura", dijo el general que luego fue jefe (con Illia) de la Casa Militar.

El golpe se vio de entrada. Yo lo sentía en la Quinta de Olivos, lo sentía en la Facultad (de Derecho); me lo decían mis amigos. Incluso tenía amigos o conocidos que trabajaban preparando las carpetas del golpe. Cuando me casé (con Gustavo Soler, su primer marido), fuimos a España y allí, en el Colegio Mayor de Guadalupe, supimos de varios argentinos -admiradores de José Antonio Primo de Rivera y de Franco– que también colaboraban en los planes del golpe. Algunos amigos, incluso, nos ofrecieron mostrarnos las carpetas. Cuando regresamos de Europa yo le dije a mi padre: "Te van a dar un golpe", y él me respondió: "Vos decís eso porque sos de izquierda". Yo insistía: "No, papá, no soy de izquierda, soy realista", y le contaba lo de las carpetas. Creo que era la única persona que se lo decía, porque siempre en torno de un Presidente hay un cerco de silencio. Pero en el fondo él sabía que le iban a dar el golpe, aunque no quisiera reconocerlo. Quizá porque tenía un plan alternativo que le falló. Su idea era trasladarse a Rosario, donde la guarnición militar le era adicta, y resistir allí. Pero los militares mandaron a llamar al general (de división Carlos Alberto) Caro (comandante del Cuerpo II de Ejército) y lo arrestaron con la excusa de que había participado de una reunión con peronistas en la casa de su hermano (José Armando), que era diputado peronista por Salta. Tal vez papá no planificó bien la respuesta, pero estaba informado por los servicios y estaba dispuesto a resistir por las armas. Por eso no lo hace detener a (el general Pascual) Pistarini después de su discurso del 20 de junio (que era una virtual proclama golpista, en la que el comandante del Ejército habló de "vacío de poder").

Ojo, en eso no hay que confundirse con aquello de que los radicales son pacifistas; son tipos de armas, partidarios de los movimientos cívicomilitares. En tiempos de (Amadeo) Sabattini, cuando se pensaba que los conservadores podían intervenir Córdoba, Sabattini lo mandó a papá al Paraguay a comprar armas sobrantes de la guerra del Chaco. Así que no es verdad que el golpe lo sorprendió. Yo no sé si no se defendió como debiera o no quiso defenderse porque lo consideraba inevitable. En todo caso es cierto que el gobierno radical tuvo muchos aciertos pero en política militar se equivocó, porque cumplir un mandato es permanecer en el poder, y ellos no supieron o no pudieron hacerlo.

En aquellos días yo estaba viviendo en la quinta de Olivos porque mi madre estaba muy enferma y había viajado a Estados Unidos con mi hermano Martín. Allí la operaron y murió dos meses después de la caída de mi padre. Yo odiaba la quinta de Olivos, pero estaba allí haciendo las veces de mi madre, aunque papá sólo iba los fines de semana. Una noche papá me pidió que bajara porque venía a cenar (el almirante Isaac Francisco) Rojas con su mujer. Rojas le dijo lo del golpe que se venía y le propuso dos o tres medidas para pararlo: intervenir Tucumán y anular las elecciones para gobernador de la provincia de Buenos Aires si ganaban los peronistas. Mi padre le dijo que era imposible, que no podía hacer ninguna de las dos cosas.

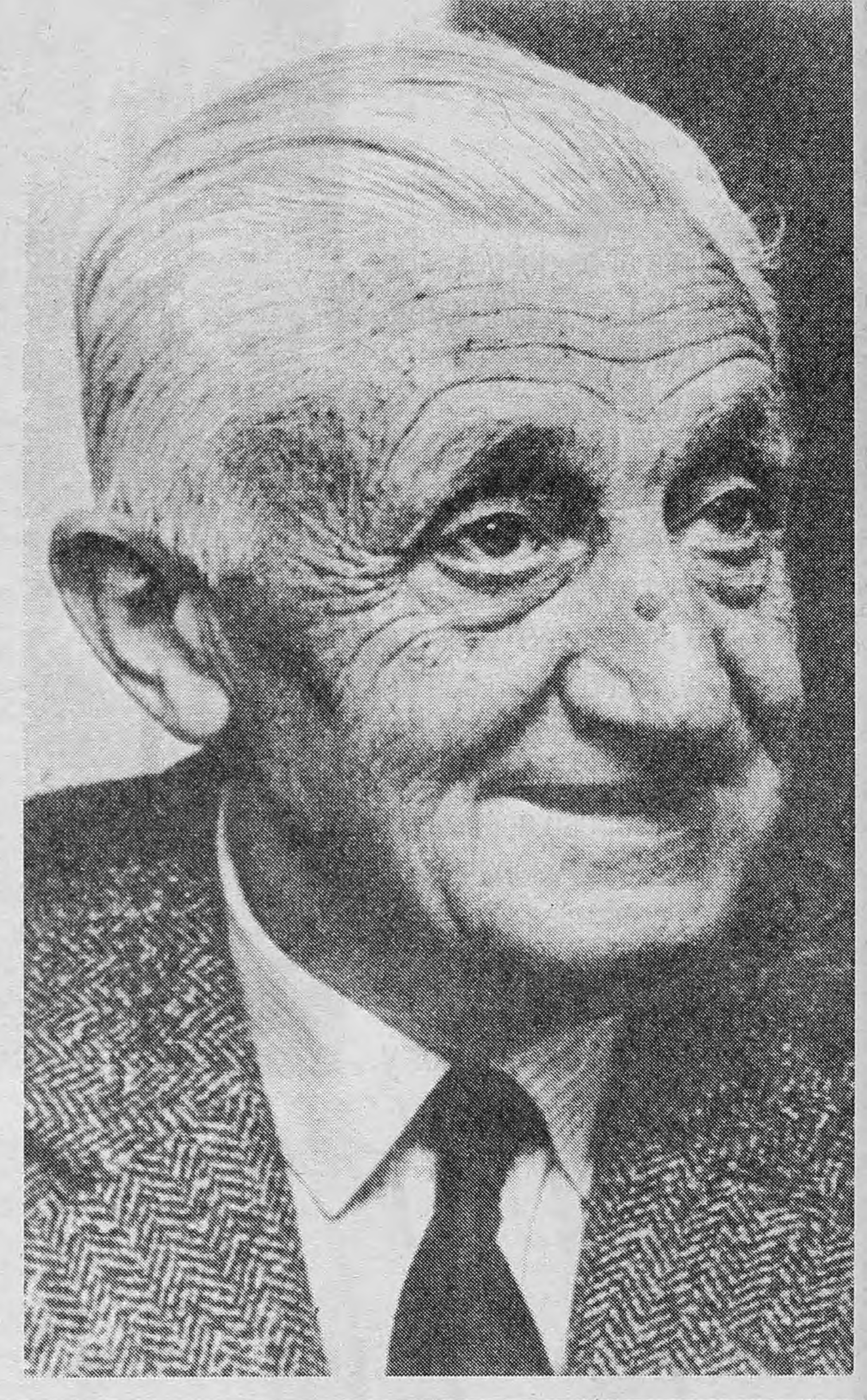
Esa noche del lunes yo estuve en la Rosada y hubo varios episodios... Hubo un momento en que él se quedó solo en su pieza (la pequeña pieza que había sido de Yrigoyen y en la que dormía de lunes a viernes) y se temió que se pudiera pegar un tiro. Yo le sugerí que los matáramos a (el general Julio) Alsogaray, (el coronel Luis César) Perlinger y (el coronel Luis) Prémoli y los tirásemos por el balcón. (Años más tarde, Perlinger hizo una profunda autocrítica de aquella noche, defendió a los guerrilleros que fueron masacrados en Trelew y estuvo preso en Magdalena durante la dictadura de Videla.)

En realidad los radicales estaban como atónitos. Entonces se produjo el famoso diálogo que reprodujo Emilio Gibaja (a la sazón secretario de Prensa de Arturo Illia), cuando mi padre le dijo a Alsogaray: "Sus hijos se lo reprocharán". Y luego un hijo se murió en la guerrilla. (Juan Carlos "el Hippie" Alsogaray, combatiente montonero que cayó en Tucumán.) Yo esperaba –creo que era la única– que corriese sangre. Incluso un amigo mío tenía un revólver y yo se lo pedí, pero no me lo quiso dar. No sé si me hubiera atrevido, pero creo que esos tres militares que entraron en la Casa de Gobierno (a exigir la renuncia del presidente constitucional) pudieron haber sido reducidos con facilidad por las 300 o 400 personas leales que estaban allí junto a mi padre. Quizá no se hubiera podido parar el golpe, pero la historia podría haber sido muy diferente.



Ellos entraron dos veces. Serían las tres de la madrugada cuando se produjo un diálogo fantástico entre mi padre y el general Alsogaray. Yo lo escuché porque estaba al lado de papá. Alsogaray dice: "Vengo en nombre del Ejército" y mi padre responde: "Usted no representa al Ejército de San Martín". Y él: "Bueno, vengo en nombre de las fuerzas que poseo". Entonces mi padre le dice: "Usted viene como un asaltante nocturno". Alsogaray trata de que mi padre deje de firmar las fotos que les estaba dedicando a los ordenanzas y él lo para diciéndole: "Yo estoy haciendo cosas muy importantes con mis conciudadanos, no me moleste, señor".

Cuando entraron por segunda vez le dijeron que se retirase y él les contestó que no se pensaba retirar. Entonces empezaron los gases y los empujones. Yo le dije: "Vamos, papá, que te van a matar". Yo pensaba que mi papá podía morir esa noche; quizás hubiera sido lógico que muriera. Creo que ellos no se hubieran atrevido a matarlo; tendría que haberse suicidado, pero no creo que pensara en suicidarse. Yo tuve algunos diálogos a solas con él. Yo le decía barbaridades, yo era muy tremendista en aquella época y creo que le dije que se pegara un tiro. Yo quería matar a los militares... Pienso que si él hubiera sacado un revólver del cajón y les hubiera pegado un tiro, se podría haber hablado de legítima defensa y no dudo que la historia hubiera sido distinta. En realidad yo fui la única que los enfrenté. Yo le dije (al general Alsogaray): "Traidor, hijo de puta, tu estirpe quedará maldita". Cuando entra me encaro con él y lo insulto y él, blanco y con la cabeza baja al ver a una



El rubor de Rockefeller

(Por M. B.) Por razones familiares, pude tratar al ex presidente Arturo Illia de entrecasa, sin los resquemores que separaban a radicales y peronistas o las cautelas que el hombre público suele erigir frente a un periodista.

Una tarde de 1971, en casa de su hija Ema, Illia me hizo depositario de una confidencia inesperada. Habíamos quedado los dos solos en la sala, tomando café y, sin preámbulos, me soltó esta pregunta:

–¿Usted sabe por qué me derrocaron?

Ensayé una respuesta previsible y negó con la cabeza. Luego, apuró el café y me contó, con sencillez, lo que nunca había dicho y nunca haría público.

"Unos meses antes del golpe vino a verme el banquero David Rockefeller. El hombre quería radicar al Chase Manhattan en la Argentina. Dialogamos por medio de un intérprete. En un momento dado me sugirió que debíamos cambiar tales y cuales puntos de la Ley de Bancos para que ellos pudieran radicarse entre nosotros. Molesto, le dije al intérprete: 'Pregúntele al señor Rockefeller qué pensaría él si un banquero argentino le exigiera al presidente de Estados Unidos que cambie la ley de la Reserva Federal para invertir en ese país'. Cuando escuchó la traducción, Rockefeller se ruborizó. ¿Eh, no me cree? Le aseguro que se ruborizó, aunque usted piense que los banqueros no se ruborizan. Pero yo no le di tiempo para que balbuceara sus excusas, porque me di vuelta hacia el intérprete y le dije: 'Dígale al señor Rockefeller que esta audiencia ha concluido'. Tres meses más tarde (aproximadamente) fui derrocado por la City; por esas cuarenta manzanas que rodean a la Casa de Gobierno. Rockefeller radicó al Chase Manhattan y Onganía, obviamente, reformó la Ley de Bancos. Siguiendo, punto por punto, las sugerencias que me había hecho el señor Rockefeller".

LAS REVELACIONES DEL GENERAL CASTRO SANCHEZ

"Illia cayó, en realidad, el cuatro de junio"

(Por M. B.) El general de brigada (retirado) Eduardo Castro Sánchez, que fue el último secretario de Guerra de Arturo Illia, reveló a **Página/12** que fue "conversado" por el ex presidente Arturo Frondizi y el ingeniero Alvaro Alsogaray para que traicionara al presidente constitucional, sumándose al golpe.

"Frondizi me invitó personalmente a plegarme, en una cena que se llevó a cabo el 15 de junio, en casa del periodista Mariano Grondona", declaró Castro Sánchez. Y agregó: "No lo hizo de manera grosera, sino a través de una pregunta indirecta pero inequívoca: ¿el gobierno constitucional, para qué?", indicando que no importaba la índole legal del régimen, sino sus "objetivos revolucionarios". Cuando advirtió que Castro Sánchez no estaba dispuesto a sumarse a la conspiración, el ex presidente que había sido derrocado por los militares ofendió al secretario de Guerra con una ironía: "¿General, no estará seducido por la alfombra colorada?".

Después Castro Sánchez sostuvo una conversación similar con el ingeniero Alvaro Alsogaray –"que ahora la posa de democrático"– "y fue el mentor ideológico de su hermano (Julio), quien a su vez negoció con los gremialistas el apoyo al golpe".

Unos meses antes, en noviembre de 1965, la designación del general Castro Sánchez como secretario de Guerra había sido la excusa para que el teniente general Juan Carlos Onganía se diera por agraviado, ante la designación de un general más joven, y presentara su solicitud de retiro. Treinta años después del golpe, Castro Sánchez sigue considerando que la excusa no tenía fundamento y evidenciaba el ánimo conspirativo del renunciante.

Pero su testimonio agrega un dato inédito y valioso: "Illia, en realidad, había caído técnicamente el 4 de junio, cuando me dio la orden de no resistir el movimiento subversivo dentro del Ejército, porque no quería la muerte de un solo conscripto para defender a su gobierno. En ese momento se ató de pies y manos ante los subversivos".

su candidatura a la Presidencia (por la Unión Cívica Radical), un grupo de militares –entre los que estaba (el teniente general Alejandro Agustín) Lanusse– cenó con él en el restaurante Pollo al Barro, de Pilar, al que solían ir porque les quedaba cerca de Campo de Mayo. Parece que los militares, capitaneados por Lanusse, hablan y hablan, se ríen, se pasan de copas y a los postres le dicen: "Mire Illia, ni se moleste en ir a Mendoza. Porque usted no va a ganar; va a ganar Aramburu; si usted gana no le vamos a entregar el poder y si le entregamos el poder lo vamos a voltear". La única excepción fue el general Manuel Soria, que se mantuvo sobrio y serio. Con toda intención mi padre le preguntó: "¿Y usted qué opina, general Soria?". "Yo creo que usted debe viajar a Mendoza y proclamar su candidatura", dijo el general que luego fue jefe (con Illia) de la Casa Militar.

El golpe se vio de entrada. Yo lo sentía en la Quinta de Olivos, lo sentía en la Facultad (de Derecho); me lo decían mis amigos. Incluso tenía amigos o conocidos que trabajaban preparando las carpetas del golpe. Cuando me casé (con Gustavo Soler, su primer marido), fuimos a España y allí, en el Colegio Mayor de Guadalupe, supimos de varios argentinos -admiradores de José Antonio Primo de Rivera y de Franco– que también colaboraban en los planes del golpe. Algunos amigos, incluso, nos ofrecieron mostrarnos las carpetas. Cuando regresamos de Europa yo le dije a mi padre: "Te van a dar un golpe", y él me respondió: "Vos decís eso porque sos de izquierda". Yo insistía: "No, papá, no soy de izquierda, soy realista", y le contaba lo de las carpetas. Creo que era la única persona que se lo decía, porque siempre en torno de un Presidente hay un cerco de silencio. Pero en el fondo él sabía que le iban a dar el golpe, aunque no quisiera reconocerlo. Quizá porque tenía un plan alternativo que le falló. Su idea era trasladarse a Rosario, donde la guarnición militar le era adicta, y resistir allí. Pero los militares mandaron a llamar al general (de división Carlos Alberto) Caro (comandante del Cuerpo II de Ejército) y lo arrestaron con la excusa de que había participado de una reunión con peronistas en la casa de su hermano (José Armando), que era diputado peronista por Salta. Tal vez papá no planificó bien la respuesta, pero estaba informado por los servicios y estaba dispuesto a resistir por las armas. Por eso no lo hace detener a (el general Pascual) Pistarini después de su discurso del 20 de junio (que era una virtual proclama golpista, en la que el comandante del Ejército habló de "vacío de poder").

Ojo, en eso no hay que confundirse con aquello de que los radicales son pacifistas; son tipos de armas, partidarios de los movimientos cívicomilitares. En tiempos de (Amadeo) Sabattini, cuando se pensaba que los conservadores podían intervenir Córdoba, Sabattini lo mandó a papá al Paraguay a comprar armas sobrantes de la guerra del Chaco. Así que no es verdad que el golpe lo sorprendió. Yo no sé si no se defendió como debiera o no quiso defenderse porque lo consideraba inevitable. En todo caso es cierto que el gobierno radical tuvo muchos aciertos pero en política militar se equivocó, porque cumplir un mandato es permanecer en el poder, y ellos no supieron o no pudieron hacerlo.

En aquellos días yo estaba viviendo en la quinta de Olivos porque mi madre estaba muy enferma y había viajado a Estados Unidos con mi hermano Martín. Allí la operaron y murió dos meses después de la caída de mi padre. Yo odiaba la quinta de Olivos, pero estaba allí haciendo las veces de mi madre, aunque papá sólo iba los fines de semana. Una noche papá me pidió que bajara porque venía a cenar (el almirante Isaac Francisco) Rojas con su mujer. Rojas le dijo lo del golpe que se venía y le propuso dos o tres medidas para pararlo: intervenir Tucumán y anular las elecciones para gobernador de la provincia de Buenos Aires si ganaban los peronistas. Mi padre le dijo que era imposible, que no podía hacer ninguna de las dos cosas.

Esa noche del lunes yo estuve en la Rosada y hubo varios episodios... Hubo un momento en que él se quedó solo en su pieza (la pequeña pieza que había sido de Yrigoyen y en la que dormía de lunes a viernes) y se temió que se pudiera pegar un tiro. Yo le sugerí que los matáramos a (el general Julio) Alsogaray, (el coronel Luis César) Perlinger y (el coronel Luis) Prémoli y los tirásemos por el balcón. (Años más tarde, Perlinger hizo una profunda autocrítica de aquella noche, defendió a los guerrilleros que fueron masacrados en Trelew y estuvo preso en Magdalena durante la dictadura de Videla.)

En realidad los radicales estaban como atónitos. Entonces se produjo el famoso diálogo que reprodujo Emilio Gibaja (a la sazón secretario de Prensa de Arturo Illia), cuando mi padre le dijo a Alsogaray: "Sus hijos se lo reprocharán". Y luego un hijo se murió en la guerrilla. (Juan Carlos "el Hippie" Alsogaray, combatiente montonero que cayó en Tucumán.) Yo esperaba –creo que era la única– que corriese sangre. Incluso un amigo mío tenía un revólver y yo se lo pedí, pero no me lo quiso dar. No sé si me hubiera atrevido, pero creo que esos tres militares que entraron en la Casa de Gobierno (a exigir la renuncia del presidente constitucional) pudieron haber sido reducidos con facilidad por las 300 o 400 personas leales que estaban allí junto a mi padre. Quizá no se hubiera podido parar el golpe, pero la historia podría haber sido muy diferente.

Ellos entraron dos veces. Serían las tres de la madrugada cuando se produjo un diálogo fantástico entre mi padre y el general Alsogaray. Yo lo escuché porque estaba al lado de papá. Alsogaray dice: "Vengo en nombre del Ejército" y mi padre responde: "Usted no representa al Ejército de San Martín". Y él: "Bueno, vengo en nombre de las fuerzas que poseo". Entonces mi padre le dice: "Usted viene como un asaltante nocturno". Alsogaray trata de que mi padre deje de firmar las fotos que les estaba dedicando a los ordenanzas y él lo para diciéndole: "Yo estoy haciendo cosas muy importantes con mis conciudadanos, no me moleste, señor".

Cuando entraron por segunda vez le dijeron que se retirase y él les contestó que no se pensaba retirar. Entonces empezaron los gases y los empujones. Yo le dije: "Vamos, papá, que te van a matar". Yo pensaba que mi papá podía morir esa noche; quizás hubiera sido lógico que muriera. Creo que ellos no se hubieran atrevido a matarlo; tendría que haberse suicidado, pero no creo que pensara en suicidarse. Yo tuve algunos diálogos a solas con él. Yo le decía barbaridades, yo era muy tremendista en aquella época y creo que le dije que se pegara un tiro. Yo quería matar a los militares... Pienso que si él hubiera sacado un revólver del cajón y les hubiera pegado un tiro, se podría haber hablado de legítima defensa y no dudo que la historia hubiera sido distinta. En realidad yo fui la única que los enfrenté. Yo le dije (al general Alsogaray): "Traidor, hijo de puta, tu estirpe quedará maldita". Cuando entra me encaro con él y lo insulto y él, blanco y con la cabeza baja al ver a una chica que lo insultaba de esa manera. Pero yo debí matarlo. Yo ahí me equivoqué.

No es cierto que papá se fue en taxi de la Rosada. Se fue en el auto de Alconada. Antes de subir me dijo: "Andá a Olivos y sacá todo". Llegué a Olivos y me encontré un desastre. Mi mamá había hecho allí una pequeña colonia de vacaciones para los niños y la gente le regalaba vacas. (A mi mamá y a mi papá les gustaban los caballos.) Las vacas y los caballos estaban vivos, pero habían matado a los otros animales que tenía mamá: corderos, conejos... Era un espectáculo dantesco. Yo iba con mis amigas (las chicas de Hansen), con Soler, con la hermana de mi madre, con mi abuela. Embalamos lo que había, porque ya habían robado casi toda la ropa. De diez vestidos largos, quedaban dos. Además, vos pedías de comer y los mozos, que habían sido tus mucamos durante tres años, te decían que no había comida. Pedías un vaso de agua y te decían que había canillas en el jardín. Ya estaban los militares copando todo. Terminamos como a las cinco de la tarde, agotados de embalar cuadros, tapices, libros. No teníamos adónde llevarlos porque papá ni tenía casa. Entonces decidimos que las cosas irían al estudio de Gustavo y mío, en la calle Córdoba. Y a esa hora llamaron de Presidencia y vienen dos milicos, de parte de (el teniente general Juan Carlos) Onganía, a pedirme el bastón de mando, porque al día siguiente iba a jurar como presidente. Papá no tenía bastón y había jurado con el de Roque Sáenz Peña, que le había prestado el museo, como homenaje a la Ley Sáenz Peña. Era un bastón con una empuñadura de piedras color anaranjado que, decían, traían mala suerte. Estaba siempre guardado en su caja, sobre una chimenea. Yo lo saqué, lo envolví con un vestido

y se lo di a mi amigo Hurtado de Mendoza, hijo del poeta que le escribió a (Arturo) Frondizi *Política y petróleo*. Le dije: "Llevátelo a tu casa, Roberto, porque éste no va a jurar con el bastón de Roque Sáenz Peña y Arturo Illia". Hurtado, muerto de miedo, se lo llevó, y Onganía tuvo que jurar con el bastón de Victorino de la Plaza. Después devolvimos el bastón al museo.

Al día siguiente papá estaba haciendo política como siempre. Yo creo, en el fondo, que la Presidencia le pesaba. porque a él le gustaba caminar, caminar, andar de rancho en rancho; debe haberse sentido muy aliviado. Desde los 66 años a los 83 caminó como nunca y viajó mucho. Quizás estar encerrado en aquel cuartito de la Rosada era un sacrificio para él, que le gustaba el mano a mano con la gente. El decía que lo mejor que había erael pueblo, y no le gustaban los ricos; decía que los ricos eran todos iguales. Cuando llegó el primer aniversario del golpe habíamos formado algunas células para poner bombas. En la célula mía estábamos (Hipólito) Solari Yrigoyen, Soler, Garland y yo. La bomba nuestra teníamos que ponérsela a (Faustino) Fano, que era el presidente de la Sociedad Rural. Entonces fuimos a saludar a mi padre a casa de un hermano en Paraná y nos notó preocupados. "Es que vamos a hacer unos festejos –le comentamos–, vamos a poner unas pequeñas bombas y la célula nuestra se la va a poner a Fano." "No, a Fano, no", dijo con voz inapelable de patriarca, dejándonos desconcertados. Entonces nos miró y propuso: "A Fano, no, que se está muriendo; más vale a (Juan Martín) Oneto Gaona (que era el presidente de la Unión Industrial Argentina)".

Y ahí fuimos a poner la bomba, pero se mojó porque llovía y entre (Gustavo) Soler y Solari Yrigoyen no consiguieron encenderla.



El Gobierno ya cayó. Illia y Zavala Ortiz se retiran de la Casa Rosada por la puerta que da a la calle Rivadavia.



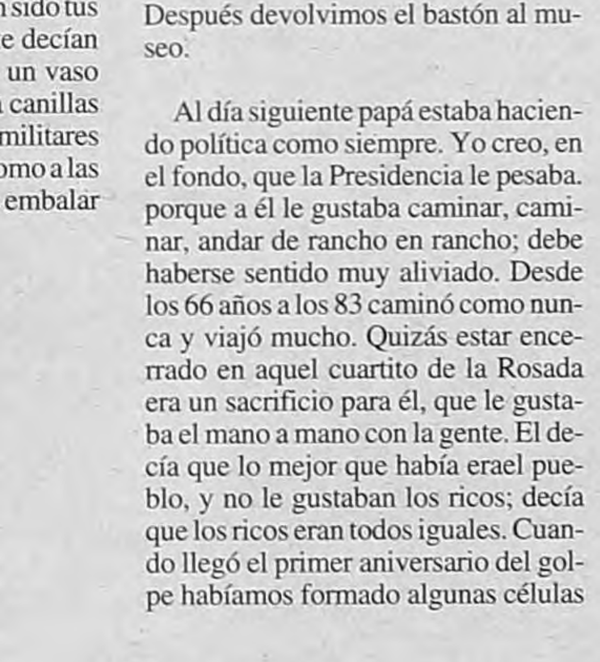
Caricatura típica de la época. Illia junto a una tortuga.



Illia, aún presidente, dialoga con un jefe militar.



Un grupo de civiles golpea el auto que transporta a un oficial del Ejército, frente a la Casa Rosada.



El rubor de Rockefeller

(Por M. B.) Por razones familiares, pude tratar al ex presidente Arturo Illia de entrecasa, sin los resquemores que separaban a radicales y peronistas o las cautelas que el hombre público suele erigir frente a un periodista.

Una tarde de 1971, en casa de su hija Ema, Illia me hizo depositario de una confidencia inesperada. Habíamos quedado los dos solos en la sala, tomando café y, sin preámbulos, me soltó esta pregunta:

–¿Usted sabe por qué me derrocaron?

Ensayé una respuesta previsible y negó con la cabeza. Luego, apuró el café y me contó, con sencillez, lo que nunca había dicho y nunca haría público.

"Unos meses antes del golpe vino a verme el banquero David Rockefeller. El hombre quería radicar al Chase Manhattan en la Argentina. Dialogamos por medio de un intérprete. En un momento dado me sugirió que debíamos cambiar tales y cuales puntos de la Ley de Bancos para que ellos pudieran radicarse entre nosotros. Molesto, le dije al intérprete: 'Pregúntele al señor Rockefeller qué pensaría él si un banquero argentino le exigiera al presidente de Estados Unidos que cambie la ley de la Reserva Federal para invertir en ese país'. Cuando escuchó la traducción, Rockefeller se ruborizó. ¿Eh, no me cree? Le aseguro que se ruborizó, aunque usted pienseque los banqueros no se ruborizan. Pero yo no le di tiempo para que balbuceara sus excusas, porque me di vuelta hacia el intérprete y le dije: 'Dígale al señor Rockefeller que esta audiencia ha concluido'. Tres meses más tarde (aproximadamente) fui derrocado por la City; por esas cuarenta manzanas que rodean a la Casa de Gobierno. Rockefeller radicó al Chase Manhattan y Onganía, obviamente, reformó la Ley de Bancos. Siguiendo, punto por punto, las sugerencias que me había hecho el señor Rockefeller".

LAS REVELACIONES DEL GENERAL CASTRO SANCHEZ

"Illia cayó, en realidad, el cuatro de junio"

(Por M. B.) El general de brigada (retirado) Eduardo Castro Sánchez, que fue el último secretario de Guerra de Arturo Illia, reveló a **Página/12** que fue "conversado" por el ex presidente Arturo Frondizi y el ingeniero Alvaro Alsogaray para que traicionara al presidente constitucional, sumándose al golpe.

"Frondizi me invitó personalmente a plegarme, en una cena que se llevó a cabo el 15 de junio, en casa del periodista Mariano Grondona", declaró Castro Sánchez. Y agregó: "No lo hizo de manera grosera, sino a través de una pregunta indirecta pero inequívoca: ¿el gobierno constitucional, para qué?", indicando que no importaba la índole legal del régimen, sino sus "objetivos revolucionarios". Cuando advirtió que Castro Sánchez no estaba dispuesto a sumarse a la conspiración, el ex presidente que había sido derrocado por los militares ofendió al secretario de Guerra con una ironía: "¿General, no estará seducido por la alfombra colorada?".

Después Castro Sánchez sostuvo una conversación similar con el ingeniero Alvaro Alsogaray –"que ahora la posa de democrático"– "y fue el mentor ideológico de su hermano (Julio), quien a su vez negoció con los gremialistas el apoyo al golpe".

Unos meses antes, en noviembre de 1965, la designación del general Castro Sánchez como secretario de Guerra había sido la excusa para que el teniente general Juan Carlos Onganía se diera por agraviado, ante la designación de un general más joven, y presentara su solicitud de retiro. Treinta años después del golpe, Castro Sánchez sigue considerando que la excusa no tenía fundamento y evidenciaba el ánimo conspirativo del renunciante.

Pero su testimonio agrega un dato inédito y valioso: "Illia, en realidad, había caído técnicamente el 4 de junio, cuando me dio la orden de no resistir el movimiento subversivo dentro del Ejército, porque no quería la muerte de un solo conscripto para defender a su gobierno. En ese momento se ató de pies y manos ante los subversivos".

Cerco y consenso

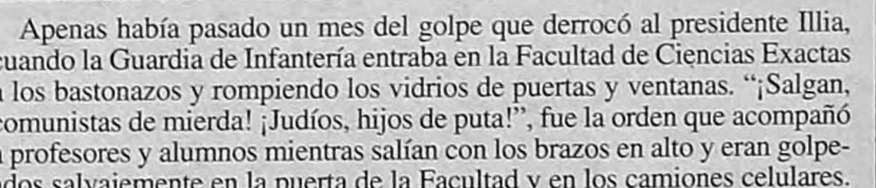
En su libro *Memorias de un coronel democrático* –Ediciones de la Flor, 1996–, el coronel (R) Horacio Ballester recuerda la noche del 27 al 28 de junio, cuando dirigió el cerco sobre la Casa Rosada, y señala el consenso que tenía el golpe: "Aunque parezca mentira y como argentino me dé vergüenza decirlo, hasta los soldados estaban entusiasmados y deseosos de participar de la aventura. Sorprendí a uno de los conscriptos de la Plana Mayor del regimiento, que no correspondiéndole ir, igual se coló en un camión y yo lo encontré ya en Plaza de Mayo", describe.

"En esa noche tan fría –escribe–, el consenso civil por el golpe militar era tal que se abrían las puertas de las casas para felicitarnos por lo que estábamos haciendo y para convidarnos con sándwiches y con bebidas calientes. Durante la marcha de regreso a La Tablada, tampoco faltaron aplausos al paso del regimiento."

Ballester recuerda también "el único daño" sufrido por sus hombres desde el punto de vista logístico: "Fue un casco abollado, durante el viaje de regreso un soldado se durmió, y al cabecear se le cayó el casco que fue atropellado por el camión que venía atrás".

"La noche de los bastones largos"





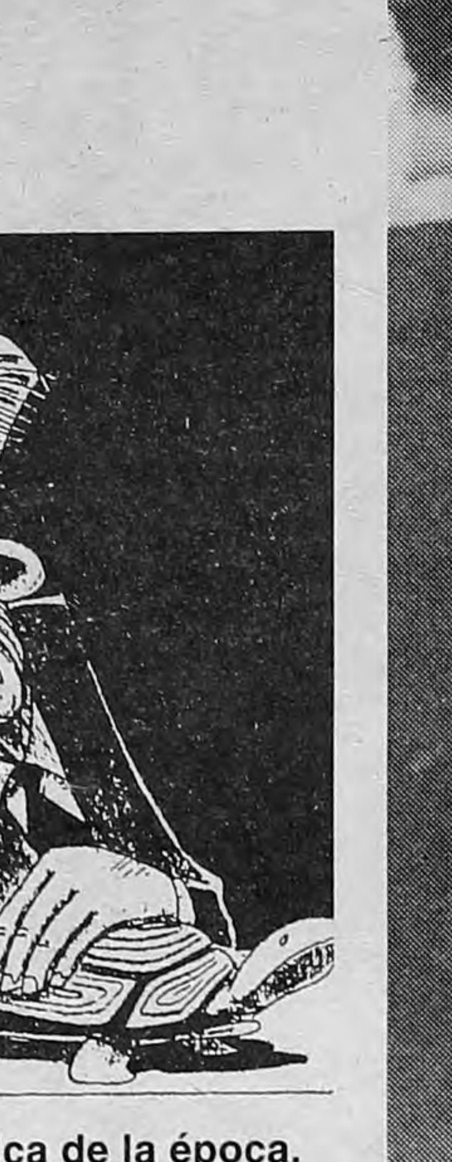
Apenas había pasado un mes del golpe que derrocó al presidente Illia, cuando la Guardia de Infantería entraba en la Facultad de Ciencias Exactas a los bastonazos y rompiendo los vidrios de puertas y ventanas. "¡Salgan, comunistas de mierda! ¡Judíos, hijos de puta!", fue la orden que acompañó a profesores y alumnos mientras salían con los brazos en alto y eran golpeados salvajemente en la puerta de la Facultad y en los camiones celulares. La historia recuerda el hecho como "La noche de los bastones largos".

A treinta años del brutal ataque a la Universidad por parte de la dictadura de Onganía, **Página/12** entregará con su edición del domingo 28 de julio el libro *La noche de los bastones largos*, de Sergio Morero, quien cubrió los acontecimientos como periodista de *Primera Plana*. Además de una precisa reseña de los hechos, el libro recoge los testimonios de algunos de sus protagonistas principales, fruto de un riguroso trabajo de investigación periodística realizado por Ariel Eidelman y Guido Lichtman. Con la entrega de este documento, **Página/12** propone no olvidar uno de los episodios más graves que sufrió la Universidad de Buenos Aires, que provocó el exilio de cientos de profesores y clausuró uno de los períodos académicos más brillantes.

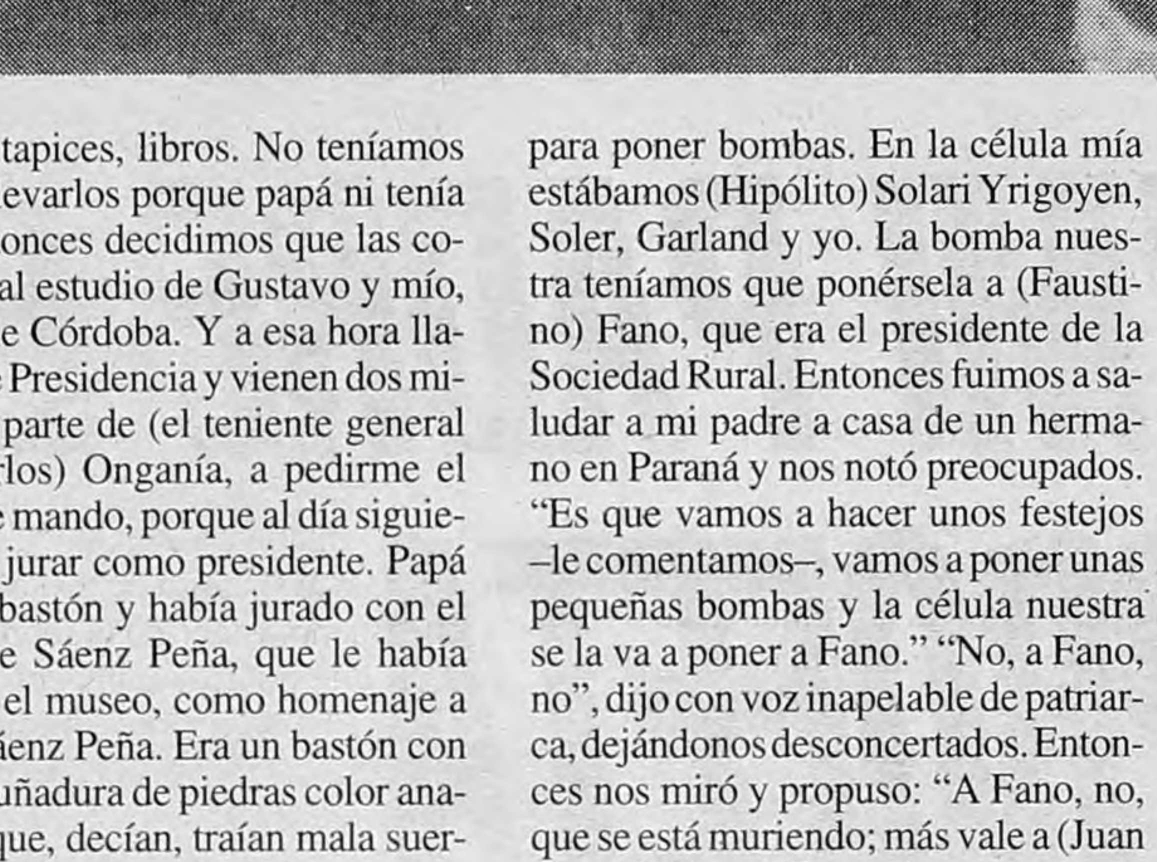


El Gobierno ya cayó. Illia y Zavala Ortiz se retiran de la Casa Rosada por la puerta que da a la calle Rivadavia.





Caricatura típica de la época. Illia junto a una tortuga.



Illia, aún presidente, dialoga con un jefe militar.





Un grupo de civiles golpea el auto que transporta a un oficial del Ejército, frente a la Casa Rosada.

chica que lo insultaba de esa manera. Pero yo debí matarlo. Yo ahí me equivoqué.

No es cierto que papá se fue en taxi de la Rosada. Se fue en el auto de Alconada. Antes de subir me dijo: "Andá a Olivos y sacá todo". Llegué a Olivos y me encontré un desastre. Mi mamá había hecho allí una pequeña colonia de vacaciones para los niños y la gente le regalaba vacas. (A mi mamá y a mi papá les gustaban los caballos.) Las vacas y los caballos estaban vivos, pero habían matado a los otros animales que tenía mamá: corderos, conejos... Era un espectáculo dantesco. Yo iba con mis amigas (las chicas de Hansen), con Soler, con la hermana de mi madre, con mi abuela. Embalamos lo que había, porque ya habían robado casi toda la ropa. De diez vestidos largos, quedaban dos. Además, vos pedías de comer y los mozos, que habían sido tus mucamos durante tres años, te decían que no había comida. Pedías un vaso de agua y te decían que había canillas en el jardín. Ya estaban los militares copando todo. Terminamos como a las cinco de la tarde, agotados de embalar cuadros, tapices, libros. No teníamos adónde llevarlos porque papá ni tenía casa. Entonces decidimos que las cosas irían al estudio de Gustavo y mío, en la calle Córdoba. Y a esa hora llamaron de Presidencia y vienen dos milicos, de parte de (el teniente general Juan Carlos) Onganía, a pedirme el bastón de mando, porque al día siguiente iba a jurar como presidente. Papá no tenía bastón y había jurado con el de Roque Sáenz Peña, que le había prestado el museo, como homenaje a la Ley Sáenz Peña. Era un bastón con una empuñadura de piedras color anaranjado que, decían, traían mala suerte. Estaba siempre guardado en su caja, sobre una chimenea. Yo lo saqué, lo envolví con un vestido y se lo di a mi amigo Hurtado de Mendoza, hijo del poeta que le escribió a (Arturo) Frondizi *Política y petróleo*. Le dije: "Llevátelo a tu casa, Roberto, porque éste no va a jurar con el bastón de Roque Sáenz Peña y Arturo Illia". Hurtado, muerto de miedo, se lo llevó, y Onganía tuvo que jurar con el bastón de Victorino de la Plaza. Después devolvimos el bastón al museo.

Al día siguiente papá estaba haciendo política como siempre. Yo creo, en el fondo, que la Presidencia le pesaba. porque a él le gustaba caminar, caminar, andar de rancho en rancho; debe haberse sentido muy aliviado. Desde los 66 años a los 83 caminó como nunca y viajó mucho. Quizás estar encerrado en aquel cuartito de la Rosada era un sacrificio para él, que le gustaba el mano a mano con la gente. El decía que lo mejor que había erael pueblo, y no le gustaban los ricos; decía que los ricos eran todos iguales. Cuando llegó el primer aniversario del golpe habíamos formado algunas células para poner bombas. En la célula mía estábamos (Hipólito) Solari Yrigoyen, Soler, Garland y yo. La bomba nuestra teníamos que ponérsela a (Faustino) Fano, que era el presidente de la Sociedad Rural. Entonces fuimos a saludar a mi padre a casa de un hermano en Paraná y nos notó preocupados. "Es que vamos a hacer unos festejos –le comentamos–, vamos a poner unas pequeñas bombas y la célula nuestra se la va a poner a Fano." "No, a Fano, no", dijo con voz inapelable de patriarca, dejándonos desconcertados. Entonces nos miró y propuso: "A Fano, no, que se está muriendo; más vale a (Juan Martín) Oneto Gaona (que era el presidente de la Unión Industrial Argentina)".

Y ahí fuimos a poner la bomba, pero se mojó porque llovía y entre (Gustavo) Soler y Solari Yrigoyen no consiguieron encenderla.



Cerco y consenso

En su libro *Memorias de un coronel democrático* –Ediciones de la Flor, 1996–, el coronel (R) Horacio Ballester recuerda la noche del 27 al 28 de junio, cuando dirigió el cerco sobre la Casa Rosada, y señala el consenso que tenía el golpe: "Aunque parezca mentira y como argentino me dé vergüenza decirlo, hasta los soldados estaban entusiasmados y deseosos de participar de la aventura. Sorprendí a uno de los conscriptos de la Plana Mayor del regimiento, que no correspondiéndole ir, igual se coló en un camión y yo lo encontré ya en Plaza de Mayo", describe.

"En esa noche tan fría –escribe–, el consenso civil por el golpe militar era tal que se abrían las puertas de las casas para felicitarnos por lo que estábamos haciendo y para convidarnos con sándwiches y con bebidas calientes. Durante la marcha de regreso a La Tablada, tampoco faltaron aplausos al paso del regimiento."

Ballester recuerda también "el único daño" sufrido por sus hombres desde el punto de vista logístico: "Fue un casco abollado, durante el viaje de regreso un soldado se durmió, y al cabecear se le cayó el casco que fue atropellado por el camión que venía atrás".

"La noche de los bastones largos"



Apenas había pasado un mes del golpe que derrocó al presidente Illia, cuando la Guardia de Infantería entraba en la Facultad de Ciencias Exactas a los bastonazos y rompiendo los vidrios de puertas y ventanas. "¡Salgan, comunistas de mierda! ¡Judíos, hijos de puta!", fue la orden que acompañó a profesores y alumnos mientras salían con los brazos en alto y eran golpeados salvajemente en la puerta de la Facultad y en los camiones celulares. La historia recuerda el hecho como "La noche de los bastones largos".

A treinta años del brutal ataque a la Universidad por parte de la dictadura de Onganía, **Página/12** entregará con su edición del domingo 28 de julio el libro *La noche de los bastones largos*, de Sergio Morero, quien cubrió los acontecimientos como periodista de *Primera Plana*. Además de una precisa reseña de los hechos, el libro recoge los testimonios de algunos de sus protagonistas principales, fruto de un riguroso trabajo de investigación periodística realizado por Ariel Eidelman y Guido Lichtman. Con la entrega de este documento, **Página/12** propone no olvidar uno de los episodios más graves que sufrió la Universidad de Buenos Aires, que provocó el exilio de cientos de profesores y clausuró uno de los períodos académicos más brillantes.

(*Por M.B.*) Ema Illia piensa hoy que su padre fue una suerte de profeta gandhiano. Pero tal vez no lo idealizaba cuando era chica. Recuerda que ciertas noches de invierno (algún 9 de Julio) solían escuchar la radio con su madre allá en Cruz del Eje y a ese rincón ferroviario y olvidado de Córdoba les llegaban los ecos del centro: de Perón y Evita entrando a la gala del Colón. Entonces su madre, "la Chunga" Silvia Martorell, solía decirle: "Cuando tu padre sea presidente iremos nosotros al Colón". "Pero mamá –replicaba a carcajadas la niña de 9 años– ¡qué va a ser presidente, si es un médico de pueblo!"



Arturo Illia corta una torta junto a su hija y nietos en un cumpleaños familiar.

"MI PADRE ERA UN PROFETA GANDHIANO"

Entonces extrañaba las ternuras de ese médico rural, que había llegado como médico del ferrocarril, había sido cesanteado por la revolución del 30 y había decidido arraigarse en ese pueblo lejano de su Pergamino natal. Ese médico de campaña que se prodigaba atendiendo a los pobres sin cobrar un centavo, que no tenía nada propio ("porque si le pedías el saco te lo daba"), que se levantaba a las cuatro de la mañana para atender a un vecino, secundado por su mujer que lo ayudaba con las inyecciones. "Gente que hacía lo que supongo hace la Madre Teresa hoy", enfatiza Ema. Porque el médico rural, que era también un político **sui generis**, se la pasaba "caminando el país" y sus hijos lo veían poco. A veces el hombre taciturno y callado, que desdeñaba los sweaters y los sobretodos, se enojaba cuando su mujer (más terrenal) encendía la estufa, porque quería que sus hijos (Ema, Martín y Leandro) se acostumbraran al frío y no "se volvieran tontos"; a veces, con la mirada ausente, posaba su mano pecosa sobre la cabeza de Ema y le preguntaba: "¿Cuántos años tenés vos?", recibiendo una andanada: "¿Papá, por qué no me preguntás cómo me llamo?".

Hoy las asperezas de su ascetismo y las lejanías del caminante han quedado atrás y la imagen que ha prevalecido en ella es "la de este hombre dedicado a los demás y no la del político". Aunque subraye que como político Illia pasó por todo el escalafón de los cargos electivos: diputado en el célebre grupo radical de los 44, que enfrentó al peronismo en la Cámara de los años cuarenta; vicegobernador de Córdoba con Santiago del Castillo; gobernador electo en las elecciones anuladas de 1962 y presidente de la República en 1963. Y se pregunta si su padre es la "esencia del radicalismo" (con esa mística hinduista de la "resistencia pasiva", el "correligionario" y la ética y una admiración por Rabindranath Tagore que compartía con Amadeo Sabattini) o una figura a la vez legendaria y atípica, "como Leandro Alem". Alguien "mucho más progresista que los radicales y que Perón".

En todo caso, más allá de los embellecimientos del cariño y el tiempo transcurrido, Ema brinda una semblanza desconocida de aquel "buenudo" que Flax dibujaba en un banco de plaza, con una paloma sobre el hombro o la prensa protogolpista de la época reducía al símbolo devaluado de la tortuga. (Imagen que acaba de resucitar en la evocación de Carlos Menem, donde la honestidad queda subordinada a la eficiencia.)

Illia, a diferencia de Ricardo Balbín y de otros dirigentes radicales que se jactaban de no haber traspuesto las fronteras, había conocido el mundo, cuando él y el siglo habían cumplido treinta y tres años. El viaje, que le permitió visitar los países nórdicos y la Alemania que acababa de volcarse al nazismo fue producto –como todos sus periplos– de la invitación de un amigo: "Don Jorge Hansen, que era dinamarqués y director de la usina de Cruz del Eje". Hansen, "que era muy buen mozo y se había casado con la mujer más rica de Cruz del Eje" estaba reconocido a ese médico rural que no sólo le había curado el tifus sino que iba a bañarlo todos los días durante su enfermedad. "Si me salvo –le dijo– te voy a invitar a mi casa en Dinamarca." Y Arturo Illia se pasó un año en Copenhague, donde el padre de Hansen dirigía un colegio secundario. Allí paseó por Dinamarca, Suecia y Noruega y "esa experiencia nórdica lo marcó para toda la vida", no sólo porque aprendió a bañarse en el hielo o acarició para siempre la idea de un socialismo a la escandinava, sino porque se metió de novio con la hija de Hansen y pudo dar rienda suelta a su "adoración por las nórdicas". ("Una vez dio vuelta en un auto en un puente, cuando iba a ver una película de Marlene Dietrich. Dejó el auto en el puente y se fue a ver la película.")



Ema Illia hoy: "Mi padre era mucho más de izquierda que nosotros, niños bien que leíamos a Camus y a Sartre".

Alemania, en cambio, no era una fiesta: Arturo Illia vivía en la pensión de una señora judía a la cual le habían puesto una estrella en la puerta. El argentino, intuyendo lo que venía, solía decirle: "Señora, váyase, váyase que la van a matar", pero la buena mujer no lo tenía tan claro: "No señor, cómo me van a matar si yo soy alemana".

Allí odió a Goebbels por su manejo de la propaganda y ese odio lo vacunaría, treinta años más tarde, contra cualquier tentación de usar los medios de comunicación para defender su gobierno o de amordazar a una prensa que estaba metida hasta las cejas en la propaganda protogolpista.

En los cuarenta transfirió el odio antinazi a Perón, a quien llamaba "el gran corruptor" y a quien consideraba "corporativista y fascista", en una simplificación similar a la de los comentaristas europeos. Y ese odio contra Perón lo llevó, en setiembre de 1955, a convertirse en jefe civil del golpe militar en Córdoba.

Ema, que ha heredado el antiperonismo visceral de su padre, argumenta que su rechazo era frente a Perón y no frente a los peronistas, a cuyos gobernadores privilegió en su gobierno por sobre los propios radicales. Es verdad, pero también es cierto que muchos de ellos eran "neoperonistas" y, por lo tanto, podían ser los artífices de un peronismo sin Perón, totalmente asimilable por el sistema.

Perón, por su parte, le reprochaba al "viejito Illia" haberlo frenado en su regreso al país en 1964; un episodio que –según Ema– fue orquestado por el canciller Miguel Angel Zavala Ortiz a espaldas del presidente, pero del cual su padre siempre se hizo responsable, "porque era el que tenía el mando y no le gustaba lavarse las manos como hace Menem con lo de la venta de armas".

También serían por lo menos discutibles otros rasgos del pensamiento paterno que la hija considera virtudes: como el antimarxismo y el antihegelianismo a ultranza, que Illia (kantiano de pura cepa) consideraba como esquematizaciones cientificistas de la historia.

Y, sin embargo, pese a estas exclusiones teóricas poco recomendables, Ema no parece desacertada al definirlo como un hombre "de izquierda" y recordar, en sincera autocrítica, que era "mucho más de izquierda que nosotros, niños bien, que leíamos a Camus y a Sartre, pero no habíamos caminado el país entero, ni socorrido al pobre, ni conocido las estirpes familiares de la gente. Porque él se subía a un avión y le preguntaba a la azafata el nombre y de qué provincia era y terminaba hablándole del abuelo, que había conocido en un viaje por el Chaco".

En todo caso, más allá de las hipérboles tipo "era un profeta", no deja de atraer –humana y literariamente– ese presidente que se escapaba de la custodia para leer el diario en un banco de la plaza; ese personaje de **road movie**, que viajaba sin pasaje en los aviones, acompañando a los pilotos en las noches estrelladas o llegaba a una casa y se quedaba un mes o dos, o los que fueran, para volver al camino cuando se lo dictara su independencia; el santón educado por los salesianos, que rechazaba el departamento que le había puesto la Unión Cívica Radical, porque no sabía cómo llenar la heladera y que acabó sus días en una pequeña pieza del Hospital Privado de Córdoba, "con un solo par de zapatos y sus cosas que cabían en una valijita", preguntándole a los hijos: "¿Quién va a pagar todo esto?".

Demonios y estadísticas

Ema Illia piensa que el gobierno de su padre fue derrocado por "siete demonios" y no por sus fallas, sino por sus virtudes.

Pero evoca más de siete: el "desarrollismo totalitario" de Frigerio, Frondizi y el general Enrique Guglielmelli, que ponían "el crecimiento" por encima de la propia democracia; la "izquierda loca" que tenía en el primer punto del orden del día a la revolución mundial y habría producido "más de cuatro mil atentados en tres años"; la iglesia tercermundista que patrocinó la insurgencia social de la FOTIA tucumana; la CGT que promovió el plan de lucha con más de "once mil tomas de fábricas"; Perón; la guerrilla del EGP en Tucumán; la revista *Primera Plana* de Jacobo Timerman (que defendía los contratos petroleros anulados por Illia) y la revista *Confirmado*, donde "Timerman acabó aliado de Alvaro Alsogaray"; Bunge y Born, que "nunca le perdonó la venta de trigo a China Popular y el mantenimiento de precios sostén para los proveedores"; los monopolios petroleros y las grandes trasnacionales de la industria de medicamentos.

Según Ema *Illia*, éstos y otros factores de presión derribaron "al mejor gobierno argentino de este siglo", que hizo crecer el PBI a un ritmo superior al 8 por ciento anual (en los años '64 y '65); logró un incremento de la industria del 35 por ciento para ese mismo bienio; destinó un 25 por ciento del presupuesto a la educación; mantuvo la desocupación en un módico 5% y consiguió que las Naciones Unidas emitieran la resolución 2065 sobre Malvinas, por la cual se obligaba a los ingleses a negociar con la Argentina en un pie de igualdad. "Igualito que ahora."